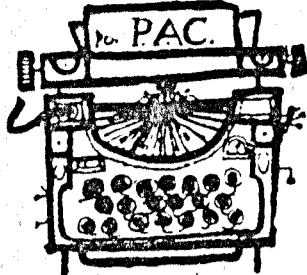


escrito a máquina

Cara o Cruz Sobre Shakespeare



“La belleza es verdad; la verdad, belleza; y eso es cuanto en la tierra sabéis, y ya más no precisa”.

JOHN KEATS.

Durante todo este año he estado leyendo en revistas de América y de Europa ensayos y estudios sobre Shakespeare con motivo del IV centenario de su nacimiento. Los comentarios me han llevado a su obra y de su obra regreso a los comentarios, atraído —¿cómo no estarlo?— por la vastedad y profundidad oceánica de su genio.

Sin embargo, como la figura de Shakespeare (su vida, su relación con el mundo de su tiempo) es una de las más cerradas incógnitas de la literatura universal, el mismo duende de la curiosidad que me hace leer con frecuencia novelas policíacas, ha encendido mi espíritu de pesquisa y he buscado en cada nuevo estudio el dato o el documento que ilumine la oscuridad que rodea a esa personalidad no tan alejada de nosotros en la historia.

En los siglos pasados la sombra de Shakespeare hizo caer en el ridículo a algunos críticos que llegaron a negar su existencia de autor y a adjudicar sus obras a Bacon, a Derby, a Marlowe, e incluso (tal vez aquí entraba el servilismo) a la misma reina Isabel; o bien a crear el mito romántico de una “obra colectiva” escrita por autores de categoría que ocultaban su nombre en la corte isabelina. La crítica literaria moderna ha terminado con todas esas absurdas fantasías, pero la investigación histórica no ha arrojado en este año de su Centenario, ninguna luz decisiva, salvo interpretaciones más justas e inteligentes sobre los pocos datos ya conocidos de su vida.

Cuatro datos: lugar y fecha de su nacimiento. Nombre y condición de su padre John, de distinguida posición en Stradford. Su matrimonio a los 18 años. El nacimiento de sus tres hijos. Su viaje a Londres. Su actividad en una compañía dramática. Su testamento... etcétera.

Pero, algo que nos trasmita el retrato de su persona y carácter, sus reacciones, sus costumbres, sus relaciones con el mundo... Alguien que nos contara un poco de su vida diaria y ordinaria, de su conversación, modo de escribir (de ésto sí se sabe lo que dijeron unos amigos, —Heninge y Condell— una frase: “Su mente y su mano iban parejas, y todo lo que pensaba lo enunciaba con tanta facilidad que apenas nos ha dejado una tachadura en sus papeles”), o nos reflejara el impacto de la personalidad de ese hombre —¿uno de los más extraordinarios de la historia!—... Fueron miles quienes le aplaudieron y quienes, seguramente, buscaron conocerle y tratarle. Pero de ellos sólo queda silencio. Silencio y... suposiciones.

No hay duda que conmovió su mundo. Los aplausos llovieron sobre el escenario, pero él ¿qué hacía? ¿Por qué no llega la posteridad hasta su persona sino que se detiene como si un muro invisible detuviera toda curiosidad e impidiera el diálogo?

Me ha hecho pensar esta espesa sombra (traducida en falta de datos), este silencio documental que rodea a Shakespeare en una sola causa: la causa: la alta soledad del poeta. Shakespeare es su más dramático símbolo!... Sus ojos atentos y observadores están detrás de ese cinturón de silencio. ¿Qué no veían esos ojos? ¿qué movimiento del alma ajena se le escapaba? ¿qué no oía?

.... Pero, los que llegaban a él ¿qué encontraban? ¿Un oscuro hombrecillo (¿un comediante!) callado, desvelado, inquieto, observador, quizás irónico, quizás intratable, quizás inabordable?... Y ¿era ése el que producía toda aquella obra centelleante de éxitos? ¿Era ésa la fuente de tal belleza?

Se producía, en el que llegaba, un desasosiego, un escándalo interior. Se producía un rechazo. Y en el poeta un conocimiento (“¡La gloria, mierda la gloria!” diría Verlaine). Una doble separación. Y soledad....

El misterio del rechazo del poeta permite un paralelo —guardadas las distancias— con el misterio del rechazo del profeta. El “hombre-de-este-mundo” oye el poema y percibe algo mágico y encantador revelado por la palabra, pero percibe también algo lacerante “pues lo bello no es más que el comienzo de lo terrible, según canta Rilke, “lo que todavía soportamos”.

Pero, eso hermoso y terrible, una vez disipado, deja en el hombre algo como una angustia —un molesto anhelo incolmado o una conciencia que punza porque la verdadera Belleza siempre entraña una indirecta crítica a los valores usuales del mundo—, y esa angustia y ese anhelo terminan convirtiéndose en cólera contra el poeta suscitador de inquietudes. En cólera o en extrañeza....

Por eso, la “residencia en la tierra” que diría Neruda, es para el poeta más bien una **DISIDENCIA**. Shakespeare es el mundo, pero en cierta medida el mundo queda juzgado por la implacable luz de la Belleza y ese “juicio” es el que hermana (¡vuelvo a salvar las distancias!) al Poeta y al Profeta..